



OBRAS

DE

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- Rodó.*—(4ª edición)
Nociones de Literatura General.—(2ª edición)
Vulgata Higiénica.—(4ª edición)
Algunas ideas acerca de Educación.—(2ª edición)
Vargas Vila.—Ojeada Crítica de sus obras
La Ley del Progreso.—El Ecuador en los últimos 15 años.
Maldonado, Mejía, Montalvo, Tomo I
El Vía Crucis de el Orador
El perfil del Varón Cívico—Federico González Suárez
Figuras Educadoras: Antonio Zozaya
El Titán de la Tragedia—(Poemita dedicado a los Bomberos de Guayaquil)
El Dr. Manuel Benigno Cueva (Semblanza de un Educador)
La Tentación—Versos en agraz
Las Brumas de Antonio C. Toledo—Estudio Crítico
Tragedia Floral (Poemita Infantil)
Nicolás Beauquin—El Paroxismo
Orientaciones Periodísticas—Don Manuel J. Calle
Héroe Epónimo (Poema para instituir el día del Libertador)
Al margen del camino de Paros

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

HACIA IMBABURA

(Impresiones de viaje)



QUITO—ECUADOR

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD

1919

Envío del Sr. Dr. Federico
Araujo, Regente de la Impren-
ta de la Universidad Central
Ingresó esta obra a la Biblioteca
Nacional del Ecuador el 9 de Abo.
de 1919. Quito.

HACIA IMBABURA

IMPRESIONES DE VIAJE

ANOTADAS AL VUELO

POR

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

HACIA IMBABURA

Inmediaciones de Quito

En risueña tarde, plena de sol, de los días ardientes del mes de Julio que nos están convidando a vacaciones, a las tres, en la amable compañía del Director de *El Magisterio Ecuatoriano*, salimos al Norte de la República.

A lo largo de la polvorienta calle, la decoración está salpicada de esbeltas casas de campo, entre múltiples manchones de eucalipto de intenso verdor. Allá, sembríos esmeraldinos en medio de la sequía; acá, salpicaduras amarillentas de los campos de mieses; más allá, incesante vaivén de tranvías y carruajes que alegran al espíritu como una visión paradisiaca.

—Este lado se parece mucho a Suiza, por los innumerables *chalets y villas*, aunque las escarpaduras y ondulaciones del terreno son aquí en grande y no puede perderse la nota característica ecuatoriana, nos explica un acompañante accidental, recién llegado de Europa, según nos dijo.

Seductoras las inmediaciones de Quito. El viejo Pichincha, a la izquierda, enmarca la gigantesca película, festoneada a la derecha por los cerros que flanquean a

Guápulo y el valle de Tumbaco. Al centro, como por una sola avenida, desfilan caprichosas construcciones y humildes edificios—ni una sola cabaña—hasta Coto collao, que parece un barrio quiteño. Desde la Plaza de la Independencia, hemos descendido ya, sin sentir, 48 metros, de los 2.860 del punto de partida. A corta distancia del histórico *Iñaquito*, la carretera se bifurca: es el *Partidero*. Tomamos por el callejón umbrío que conduce a las solitarias vueltas de *Carretos*, de imponente aspecto por las estribaciones y abras de la cordillera oriental, por el que bajamos sin cesar, orillando cerros y sepultándonos en tierra calcárea, tobas y conglomerados volcánicos.

En Carapungo

A las cinco, los caballos galopaban por la calle principal del escueto *Carapungo*, o sea la parroquia *Calderón*, que está de examen. Entusiasma que en los pueblos sea día de gala el consagrado a las pruebas escolares de la niñez. El acto se efectúa en un corredor que da al carretero. Resguardado de polvo y viento con sábanas y esteras, atadas de pilar a pilar, el aspecto es típico y de franciscana pobreza. Causa grima contemplar, a pocas leguas de la capital, las míseras casuchas

donde oscura y penosamente oficia el maestro. Se oían los gritos de los niños que enérgicamente contestaban primitivos temas gramaticales. Desprovisto de agua, el poblacho carece de lo indispensable. De aquí para allá, inquirimos por forraje para las bestias, sin satisfactorio resultado.

—Nada significa no comer por la tarde ¿pero los fatigados animales?, dice desconsoladamente García.

--No perdamos tiempo. Avancemos resueltamente a Guailabamba.

Nos encogemos de hombros, sin acordarnos de las terribles fiebres intermitentes. Largo y cansado el descenso, por estériles vericuetos donde la vegetación llora y sólo el algarrobo despliega su débil quitasol que el cálido viento no agita.

Un rótulo en Guailabamba

El río se retuerce en el abismo, en un encañonado abrupto. Junto al puente, sus aguas se duermen, y se duda que lleguen a Esmeraldas. A lo lejos, al pie del Pambamarca, asoma, como una ermita, el Quinche.

—Arriero, descarga las petacas, ordena ocasional compañía de viaje, un caballero rico del Angel, al conductor, antes de pasar el estrecho puente de hierro.

Después del arenal árido, se divisa una alegre mancha verde. Es el famoso Guailhabamba, por lo insalubre. Rodeado de huertos, riachuelos y pantanos, el pueblo deja ver sus casas y rancherías. Por donde quiera caras pálidas, figuras anémicas. En la plaza hay un edificio de teja con este rótulo: "Casa de posada". A ella nos encaminamos, fatigados y sedientos.

—Casera ¿tiene alojamiento?

—No, señor.

—¿Queda algo de alfalfa?

—No, señor, señores.

—¿Dónde podremos pasar la noche?

—En el corredor.

Y la escuálida sombra, con el farol en alto, se pierde en el interior de un cuartucho de bajísimo cielo.

—¡Qué mujer tan malhumorada, dice mi compañero! Al menos debe borrar el anuncio colocado por ironía en la pared.

—Bonita casa de huéspedes. Dormir en el corredor, a merced del zancudo, paludismo seguro.

—¿Qué hacer?

—Al *hotel* del Teniente Político, ordena una voz imperiosa.

Inquirimos por la primera autoridad. Su casa está vacía. Ha marchado lejos a una comisión del servicio.

Quedamos perplejos.

El mártir de la Escuela

El maestro de escuela es nuestra salvación. Su familia, consumida por *los fríos*, causa grima. Su mujer es también institutora. Ha sufrido mucho. Parece un espectro. El se queja igualmente de lo malsano del lugar y de la dificultad de conseguir buena alimentación. El pan y la carne llevan desde Quito. Ha rendido ya los exámenes. En un corredor, se amontonan los vetustos bancos de la escuela. Pobre mártir, con una renta de cincuenta sures, hundido en la soledad de tumba del húmedo Guillabamba, inmensa hoya en la que la naturaleza se ha *convulsionado* caprichosamente. Inspira simpatía el ilustrado institutor Antonio Pillajo, que sereno está desafiando a la muerte. Es natural de Atahualpa. (Habaspamba).

Bien renumerados, unos negros se aventuran a cortar alfalfa para las caballerizas. El aguacate de Guillabamba es delicioso. Nuestro compañero no resiste a la tentación de saborearlo. En verdad, esta mantequilla vegetal sabe bien al paladar.

Escuchando el agudo zumbido de las trompetillas, pasamos a duras penas la noche. Canta un gallo. Inmediatamente brilla el fósforo junto al reloj. ¡Qué desencanto! Es la una bien escasa de la madrugada. Las

horas se prolongan. Canta otro gallo, y nos ponemos de pie. El arriero adereza a los jamelgos, un tanto trasijados.

Bello es madrugar siempre; mejor en el campo y en viaje. Espumante leche, en sendos tazones, nos está esperando en Cusubamba.

Reparamos las fuerzas. Después de orillar quebradas y cerros, Otón nos saluda con su calma imperturbable. A lo lejos, se oye monótona música.

—Es la procesión de la Virgen del Carmen, nos explica un hombrecillo, al que preguntamos por algo que masticar.

En su tenducha se alínean botellas vacías y en murguienta mesa sal prieta en forma de rodillos. La carretera que endereza a Cayambe es magnífica, salvo uno que otro desperfecto. Empiezan a divisarse las dilatadas dehesas y el bosque de Guachalá. El albo monte se oculta entre fajas de nubes.

La bella meseta de Cayambe

Cayambe, rico en mieses y ganadería, cuenta con intensa luz eléctrica,—planta norteamericana—, con holgado hospital en una área vastísima a la otra banda del río Blanco que le baña, con rectangular plaza de mercado en proyecto, un regular cama

y la casa del municipio en su plaza céntrica. Su templo es ruinoso, con un verdino patio descubierto cerca del altar mayor. Dicen que el cura es rico y que acaba de comprar otra hacienda. Se construyen algunos edificios particulares de moderna arquitectura y se ensanchan las calles. Entre un hermoso parque, se yergue, rodeada de azoteas, la mansión del señor José Jarrín; en el suburbio, la deliciosa Miraflores, circundada de arboleda.

Sólo en punto a escuelas no ha tenido suerte. Cuéntase que en época no remota apedrearón al institutor V. Aguirre. El pueblo es muy fanático; despreocupadas las clases acomodadas.

¡Qué despejado panorama, de vívidos matices, el del valle de Cayambe, al salir para el nudo de Cajas! Ricas haciendas, blancas masías, entre verdinegro bosque, salpicadas aquí y allá, en una llanura de esmeralda! Cerca, la torre de Tabacundo; lejos, la torre gigante del Cotacachi. Cayambe es celebrado por sus pastos naturales—espontáneo tributo de la comarca—y por su raza caballar, sobre todo la destinada a carreras, alados Pegasos que se beben los aires. A propósito de bebidas, diz que preparan allí manos *angelorum* una especie de pulque o chicha llamado guarango, cocimiento de la miel de cabuya o

chahuarmisque, purificado de su tufo y vuelto espumante por el fermento.

Una frase pesimista

El camino que conduce a Otavalo es suave, casi plano, anchuroso. Suelen viajar en automóvil hasta el nudo de Cajas. Hasta allí, los esforzados imbabureños han entregado, lista para tender rieles, la línea del ansiado ferrocarril de Quito a Esmeraldas, el ensueño de oro de esos pueblos emprendedores. La obra ha tomado proporciones nacionales, dada la activa y enérgica actitud de los de esta parte de la sierra, que creen con fe viva en la resurrección de sus productos y riquezas naturales, cuando puedan ser fácilmente transportados.

—Hay que respetar la farsa de los pueblos, nos decía un alto magistrado, en presencia de personajes de la administración pública, refiriéndose a los *contingentes* del Norte para los trabajos de la línea férrea.

Aunque al principio nos chocó esta salida, reflexionando un momento, no supimos qué contestarle, porque nos parecían elogios ponderativos, hipérbolos de patriotismo, los que los periódicos habían tributado a los voluntarios trabajadores.

Ahora que hemos palpado la solidez y realidad de ese camino que espera sólo

durmientes, vemos la *heresia* de ese alto magistrado y comprendemos que se expresó con malicia, porque no gusta mucho de los serranos, él, que debía fomentar el abrazo nacional, borrando ridículos regionalismos. Con todo, nos desespera que la magna obra, que necesita, para su terminación, unos 24 millones de sucres, cuente con exiguas rentas y sólo haya gastado hasta aquí más de un millón, es decir, que casi todo resta por ejecutarse, inclusive 280 kilómetros de línea y el material rodante íntegro, pues apenas 84 se han trabajado.

Encuentro en Cajas

Hasta Cajas habían salido bondadosos amigos a recibirnos: el Director del Instituto Normal "Diez de Agosto", de Otavalo, el de la Escuela Superior, el Visitador Escolar de Imbabura, miembros de la Sociedad Artística, entre ellos el cumplido caballero señor A. Rodríguez, Institutores de las parroquias vecinas. El abrazo de enhorabuena ante el cielo límpido y el cuadro de frescor de la naturaleza, que está dilatando sus sembríos, encierra no sé qué de recóndita melancolía, después de las primeras expansiones. Quizá se piensa en que pronto nos alejaremos de los amigos

a quienes visitamos después de largo tiempo; en que la alegría es fugaz, si se medita en los adioses. Callamos un instante; pero el buen humor se restablece, pasada la primera emoción de las almas. Agitamos los sombreros en alto, con un estruendoso saludo, al divisar el límpido lago que está reflejando el purísimo dosel del estío.

Panorama lacustre

Después de atravesar ásperos senderos, cerros calcáreos, montañas y más montañas, en uno como juego de cubiletes de los Andes, se sorprende el viajero, se pasa hallar, en el corazón de la sierra, una sonriente laguna como la de San Pablo. Besan sus aguas riberas prolíficas, en las que lozanos pastos alimentan grandes vacadas. Pintorescos pueblecillos como San Rafael y San Pablo le circundan. Grupos de árboles forman el marco de verde subido. Los juncales y plantas acuáticas tejen tupida red, en sus orillas. Atraviesan las cristalinas ondas las zahoríes guacabas y los blancos alcatraces. Uno que otro pato se pavonea al ritmo de las aguas. Robustas indias, de aseado cuerpo y limpia vestidura, lavan constantemente las telas que venderán en el mercado o la ropa de remuda. Extraen otras el jugo del agave y lo vuelven espumoso a manera de jabón.

Algunos niños aborígenes ejercítanse a nadar en sus costas. Recorre gran parte del lago, como la estela de una embarción invisible, el río Itambe que no mezcla sus aguas, bien sea por el impu'so que trae, bien por diferencias de densidad. La mente despejada quiere acceder al convite de imprimir vuelo a su fantasía y soñar en cosas diáfanas, discurriendo del azul del cielo al de las aguas, como esas aves que se recrean en la líquida llanura, de más de cuatro mil metros de longitud y de varia profundidad, hasta la máxima de 83. Primitivamente se llamó Chicapán e Imbacocho. Al un extremo, se divisa el Cusín, de cuatro mil y más metros de altura, y abajo, la fértil rinconada de Hua'abí. Al otro extremo, muy lejos, el negruzco Imbabura; a su frente, el plateado Cotacachi. Siniestro aparece, al dirigir la vista a otro lugar, el perfil del Mojanda, que finge tempestad perenne, con sus oscuros nimbos.

Otavalo y su florecimiento

Atrás dejamos en breve los pueblecitos de *González Suárez y Espejo*, aseados y alegres. La vista de Otavalo, desde las alturas, es encantadora. Es una ciudad llena de claridades y de contornos plácidos. Cuenta con buenos edificios, públicos y

privados. Destaca su elegante Municipalidad, sus clubs juveniles, los anchos portales del mercado, el matadero. El parque de la plaza principal es florecido y elegante, adornado con un artístico surtidor, en el que clifatea triple hipogrifo de bronce. Posee algunos templos. En cuanto a escuelas, es lástima que hace más de cuatro lustros se yergan los muros de un esbelto colegio, al que no se da remate todavía. El Instituto "Diez de Agosto", regentado por el afanoso normalista Ulpiano de la Torre, si bien no goza de las comodidades de un edificio moderno, posee apreciable museo escolar, graciosamente formado por el Director del plantel. Florece la "Sociedad Artística", compuesta de artesanos probos y laboriosos. Actualmente construye, en local propio, casa para sus sesiones. Otavalo se ufana con un teatro, obra de esos a manera de yanquis que se llaman los señores Pintos, los mismos que implantaron la luz eléctrica, correctamente atendida. ¿Por qué tan animada población no ha pensado aún en un periódico?

Ciudades menos comerciales e importantes editan siquiera un semanario. Factor cultural de inapreciable valía el de un diario, allí donde el indio necesita del pan cotidiano del espíritu, de una página barata y sustanciosa de lectura.

Otro problema que surge es reemplazar y acrecer los brazos para la agricultura, pues el primitivo dueño de estas tierras es aquí hacendado, relativamente rico, y dueño de vastas *parcialidades*: se niega ya a trabajar para los demás propietarios y sólo atiende a lo que es suyo, como es racional. El sistema de *mingas* es costoso. La máquina y el obrero extranjero derramarían incalculables bienes. ¡Salve, locomotora! . . .

Visita de honor

Fuimos honrados con la visita, por la noche, del Directorio de la "Artística", compuesto de veinte miembros. Al frente de la comisión el Sr. Dn. Miguel Valdospinos, Presidente de la Sociedad que se empeña por el mejoramiento moral, intelectual y físico de los artesanos y les proporciona recreo, deportes, actos literarios, excursiones y conferencias. Cuenta con una caja de ahorros para socorrer a los socios enfermos o en desgracia. En el camino que están abriendo de San José de Minas a Otavalo, la Institución ha dado notas ejemplares.

Las aguas del Cantón

Fluyen por doquiera ricas y abundantes aguas minerales, termales y de regadío.

Sus fuentes son hermosas, como Punyaro, Yanayacu, Lagartijas, el Socavón, El Salado, El Neptuno, etc., de propiedades medicinales. La cascada de Peguche es doble motor: del espíritu, por su hermosura, y de la materia, por su fuerza.

El indio otavaleño

Numerosos los indios de Otavalo, puros representantes tal vez de los caribe-antillanos. Se distinguen de los demás de la República por el aseo y la abigarrada manera de vestir. Usan trenza. Atentar contra ella, es atacar a su honor. Primero se dejarían matar antes que consentir que se les mutile un palmo de la coleta. Sus ponchos son de colores vivos, tejidos de lana por ellos mismos. El sombrero, también de espesa lana comprimida, se diría una laguna con un islote en la mitad, tan grande y de falda tan levantada es, pesado por añadidura: constituye un arma contundente. Albísimos los calzones, de hilo fabricado por lo común en el lugar. Sujetos con lazos las alpargatas, tejidas de ebúrnea cabuya. Las mujeres van adornadas con multitud de abalorios, moneditas perforadas de plata, sartas de coral y de mullos dorados. No prescinden de esta "toaleta" ni las más pobres. El rebozo, de colores llamativos, deja ver la *macana* o chal de hilo

blanco o con labores negras. El *anacu*, abierto al lado derecho, descubre nítidas enaguas: las más indigentes, una larga camisa muy bien lavada. Cada parcialidad se distingue por alguna variante en el vestido; forma del sombrero o supresión de éste, *tupullina*, cogida con el *tupu* o prendedor, ancha faja en la trenza, manillas de coral y anillos de acero, rebozo abrochado con un descomunal alfiler de metal dorado y a veces de plata, *pachallina* de género, etc.

De resistencia hercúlea, en las fiestas bailan y rezan a Baco ocho días consecutivos y aún más, apurando chicha de jora —el yamor— y aguardiente.

Entendidos en telares, son muy laboriosos, lo mismo que en tejido de cestos y canastitas hasta del tamaño de un dedal, que, encerradas unas dentro de otras, las venden con el nombre de *ternitos*. Hacen esteras de vivos matices para tapetes y escupideras, sombreros de espadaña [tотора] ordinaria o de esparto. Los ponchos de Otavalo son apetecida prenda, por su fino tejido, abrigo y resistencia. Fabrican costal para pisos y rodapiés de lana.

Rudimentaria industria de Ilumán

En *Ilumán* se dedican todos a la confección de sombreros de lana, de caprichosas

formas y estilo moderno. Con piedrecitas y mazos van apelmazando la fibra, dándola lustre y moldeándola: es un trabajo primitivo, pero muy curioso. Sorprende que con tan rudimentario proceder obtengan tan brillante resultado y en ingentes cantidades. Ese pueblecito inmediato a Otavalo, no sólo surte a todo el Cantón, sino que abastece a lejanos mercados.

Por Ilumán pasamos al dirigirnos a Ibarra. La carretera es de automóvil. Dehesas a uno y otro lado alegran la vista. Descúbrese la hermosa avenida que conduce a Pinaquí, regia hacienda, decorada con baldosas y mosaico.

Alto en San Antonio

En San Antonio, patria del escultor Reyes y del pintor Mideros, van a terminar los exámenes de niños, ese día, y el de niñas, el subsiguiente. Vienen desde Ibarra automóviles y carruajes a darnos *la grata sorpresa*, con amigos distinguidos, como el Director de Estudios Sr. Juan Miguel Muñoz, el Sr. Secundino Peñafiel, el Director de la Escuela "28 de Septiembre" y simpático cuerpo de preceptores. El descanso es sabroso, entre charla chispeante y afectuosa. El Sr. Director, hombre de una sola pieza: tratándose del cumpli-

miento de su deber, no hay nada que le desvíe. En su itinerario y lista de rendimiento de exámenes, consta la asistencia personal suya. A nadie quiere delegar, y en medio del general regocijo, pasa por el sentimiento de quedarse, en tanto que emocionados continuamos la marcha, para no volverle a ver más, pues tareas del cargo le llevaron, a nuestro regreso, a los más lejanos pueblos de montaña.

Entrada a Ibarra

Ruidosa la entrada a Ibarra, ciudad de edénica amenidad, entre follaje siempre lozano y verdores desde el intenso de la alfalfa hasta el anarillo de la caña de azúcar. De su plaza principal se distingue el tradicional pueblo de Caranqui, que revive la memoria del Emperador Atahualpa.

El amable caballero Vásquez, exquisito en su trato y en su sinceridad de perfecto *gentleman*, nos hospeda en su amplia mansión.

La Provincia de Imbabura está llena de sepulcros antiguos o *tolas* que nos han revelado ignoradas costumbres y han enriquecido la arqueología. Las valiosas excavaciones demuestran que los enterraban con vajilla y útiles que en vida prefirieron.

Los magnates muertos eran acompañados a la tumba por la parentela: a la huesa bajaban sus mujeres más amadas y la servidumbre, amén de sus armas, joyas, rica indumentaria y prendas preferidas.

Ibarra se enjoya y progresa visiblemente; pero le falta movimiento, a causa de las escasas vías de comunicación que trasladan sus variados productos, un granero inagotable y succulento. El ferrocarril dará la ansiada animación a este paraíso que a veces parece que duerme bajo el prestigio de un encantamiento.

Ferrocarril del Norte

Con el acucioso Gobernador, el Intendente de Policía y numerosos amigos recorrimos la línea férrea hasta el puente de Vásbuez. Aún no le besan las paralelas de hierro y ya los beneficios se definen sentir: el desecamiento de los pantanos inmediatos a la población. Los trabajos se inauguraron el 10 de Agosto de 1917, como simbolizando que la obra gigante estaba vinculada a la patria. Al són del himno nacional, se dieron los primeros barretazos. El Coronel Villalba, esperanzado firmemente en el porvenir, dijo entonces: "Confíemos, señores, en que estos primeros golpes de la barra y de

la azada, no cesarán un instante hasta remachar el clavo de oro en las costas del Pacífico.... Todo esto, motivo es de orgullo para quienes, ajenos a todo prejuicio, llenos de fe y entusiasmo, venimos desde principio laborando por esta magna obra cuyo éxito no lo veo lejano". Y los obremos de Ibarra, Otavalo y Cotacachi, y todos los imbabureños, no han desmayado un punto en su valor, fieles al juramento que prestaron, merced al genial gesto de un patriota, tan fervoroso como los demás patriotas.

—¡Juremos, dijo el Dr. Pasquel, no permitir que ninguna mano atrevida y sacrílega intente frustrar nuestras más hermosas esperanzas; ni arruinar aquello que constituye nuestro único porvenir!

—Sí; ¡juramos!, resonaron al unísono cinco mil voces.

Y esos brazos robustos han realizado las sólidas obras de mampostería, han abierto profundos cortes, han levantado vastos terraplenes, no han omitido las alcantarillas y atarjeas, los túneles y socavones y los enormes rellenos, como el del lecho del Yatunyacu. Regocijados regresamos de admirar los puentes sobre las quebradas Seca, Laurel y Vásquez, que a la estática unen la estética.

El Sr. Gobernador nos invita a su casa.

Allí podemos admirar la historia gráfica de la obra ferrocarrilera, en una serie de hermosas fotografías.

En Yaguarcocha

Al día siguiente, se realiza el paseo a Yaguarcocha.

Al compás de una melodiosa barcarola, se aleja del puerto la frágil embarcación.

Se diría que ese canto tiene armonía imitativa, que sigue el vaivén de las olas.

—Ya se encrespan, ya se encrespan, grita un tímido amigo, cuidadoso de su vida.

Al ver la copa de un árbol centenario que sale a flote, clama otro:

—Es la cabeza de uno de los cuarenta mil indios degollados en el lago que tiñeron con su sangre. . . . Recordad la tragedia legendaria de Yaguarcocha, con el triunfo de Huina-Capac y la inmolación de los Caranquis.

Circundada por cerros, toma un aspecto sombrío la laguna, que se reviste de extraña poesía. Allá el padre Imbabura, acá el mirador de Yuracruz, acullá el sublime Cotacachi. El glorioso pincel de Rafael Troya, autor de las extensas telas la *Fundación de Ibarra y la Cordillera Oriental*, —para no citar, con las demás, sus nota-

bles retratos—y la pluma de José Domingo Albuja son dignos de reproducir estas galas de la naturaleza.

Periódicos ibarreños

Ibarra goza de la fama de poseer bellas mujeres y culta juventud, apasionada por el estudio. ¿Cómo el edén no ha de tener huriés y este rincón de la Grecia una eterna gracia juvenil? Palpitan dos castizos periódicos: *Grano de Arena* y *El Ferrocarril del Norte*, que se engalanan con bellas poesías. Además, editan una revista pedagógica *El Maestro de Escuela*, órgano de la Sociedad de Preceptores de Imbabura, que con tesón va por el tercer año de existencia, venciendo dificultades y contribuyendo eficazmente al mejoramiento de la instrucción primaria provincial. Su Director, el infatigable normalista Dn. Secundiño Peñafiel, Visitador Escolar, merece aplausos y estímulos, lo mismo que los constantes colaboradores de la luminosa tarea. ¡Viva ella para dignidad y bien de la educación! Muchos años ha circulado la conocida revista *Hojas Sueltas*.

Dejamos Ibarra a las ocho de la mañana, con la pena de las despedidas, en las que están hablando la sinceridad y el afecto.

Por Atuntaqui

A San Antonio vino un emisario—el Sr. Galindo—a comunicarnos que habían

salido de Cotacachi, a nuestro encuentro.

Estas comarcas del Norte están sembradas de leyendas. ¿ Tiene probabilidades históricas la famosa batalla de Atuntaqui ?

El trigo de este pueblo ha sido notable por su calidad y abundancia.

En la gran abertura del Ambi, al otro lado del río, agitaba desde la altura sus pañuelos una numerosa cabalgata. Nos saludamos desde la distancia. Vivos deseos de abrazarlos pronto. Eran el Presidente del Municipio Sr. Daniel Garrido, el Jefe Político Sr. Manuel Cevallos, el Director de la Escuela Superior Sr. Rafael A. Varela, los Dres. A. Granja y C. Cevallos, el Sr. Moisés Granja, el Sr. C Proaño D, etc.

Cotacachi y sus labores

Cotacachi, a 2,453 metros, es una ciudad risueña. Se honra con ilustres varones como el educador Proaño, los Peñaberreras y la delicada poetisa Cevallos, de profunda intensidad psíquica, que aunque nacida en la capital de la República, ha pasado su infancia, desde los tres años, en sus haciendas de San Martín y Ocampo.

Su parquecito central distrae la vista, familiarizada ya con las excelencias de la pródiga naturaleza imbabureña. Modelos de laboriosidad sus moradores. En tala-

bartería, tejidos de toda clase y sombreros de paja toquilla hacen primores. Carteras finas hemos visto que rivalizan con las extranjeras. Deliciosas sus aguas termales.

El Director de la Escuela Superior "González Suárez", antes "Sarmiento", ofrece el suntuoso almuerzo con exquisita corrección. Los acordes de la banda del lugar regalan los oídos con marchas y aires nacionales, entre ellos el celebrado *sanjuanito*.

Una tarde en Ocampo

Inolvidable será la tarde en Ocampo, rica hacienda de las inmediaciones. Poesía, música, baile, canto y un espléndido banquete, todo se mezcla, como un cesto de flores arregladas coquetuelamente. Pasó el placer; pero los recuerdos—brisa sutil—le refrescan, como una dulce caricia amiga que llena de inefables complacencias el alma. Desde la terraza de Ocampo se contempla el panorama inmenso y jocundo, coronado, como por imperial guinalda, por el más alto pico del majestuoso Cotacachi, a 4.966 metros de elevación, entre un hialino cielo. Los ojos brillantes y el anhelar respiratorio que dilata el naso y ensancha el pecho, hablan con más elocuencia admirativa que el me-

por poema. En el confín, azulea el páramo de Piñán, para volverse áureo en seguida. Por todas partes la inspiración: allí está la musa de las notas sugestivas, desgranando afectos y genialidades, ya como himnos triunfales, ya como trenos melancólicos. Piérdense en el azul del firmamento las siluetas del Cambuyán, con los cerros Sigsicunga y Chanchagrán, y más allá la masa negra de la Cordillera de Intac. El pensamiento, llevado por la fantasía, discurre por mundos de ensueños. . . .

Añoranzas

La poetisa, agitadora del sentimiento y hermana de la melancolía, arranca de su álbum una hoja de intensa emotividad y hondo contraste, entre las galas de la naturaleza y los conflictos de su corazón que lucha. Es muy humano que en el magnífico goce de la vida añoremos la muerte; y en el placer nos acordemos del dolor. Con su venia, transcribo esa inédita y delicada poesía, que semeja la quejumbre de un ruiñeñor, la plegaria del ideal que se ha posado en la prominente cumbre a contemplar el duelo de las almas. Su pecho, como diría el sereno Fray Luis de León, navega en un mar de dulzura, que lentamente nos aniega. Pero

ella, como Amado Nervo, está en paz con la vida, como arquitecta de su propio destino, porque cuando plantó rosales "cosechó siempre rosas". Sin embargo, en los momentos de tristeza, cuando hay ansia de un nirvana, canta la poetisa cosas que apuñalean la íntima entraña.

Sentimental poesía inédita

Escuchadla con religioso arrobamiento:

"Mis horas de nostalgia riman lentas
y largas y sombrías.
En mi faz, va marcando el tiempo huellas
de honda melancolía.
Ni un rayo que disipe mis recelos,
ni un alba de quimeras
Y allá, trás el mañana obscuro, incierto,
sombras grises y negras.
Consolador afecto no derrama
su cálida caricia
En brazos de este invierno que me mata,
¿cuándo el vivir termina?
¿Cuándo esta brega cesará, me digo?
Ya rotas las cadenas,
¿podrá el alma viajar a lo infinito?
¿Podrá dormir serena?"

La poetisa interpreta el minuto en que nos ahelamos no sé. Se cuenta que el polígrafo doctor Francisco Suárez, honra de Granada y maestro en Coimbra, exclamó:

mó al expirar: "Nunca creí que fuera tan dulce morir".

Leyendo algunas poesías de María Ester Cevallos nos ha acontecido lo mismo, todo lo contrario que al recitar los "Salmos a la Vida" del montevideano Alberto Lasplacés, que ha dicho, no obstante haber sido maestro de escuela, periodista y actualmente Subdirector del Instituto Normal de Maestros: "No conozco el dolor ni los agravios, es una fiesta azul la vida mía; la risa se prendió de mis dos labios", y también ha repetido: "yo no sé lo que son los desengaños, ni he visto nunca a la melancolía".

Negra la noche, negrísima como el luto de los ánimos, cuando, en desfilada, precedidos de faroles, descendemos de Ocampo.

Una joya indiana en La Calera

Al partir para Cuicocha, desviamos un poco, para hacer la más rara y simpática visita en La Calera, jurisdicción de la parroquia de San Francisco, cerca de Quiroga.

Es una escuelita de indios. Veinticinco vivaces cotacachensés, con rudimentarias camisas de tela burda, saludan poniéndose de pie. El maestro es Miguel Angel Sánchez Bonilla. ¿Quién es Sánchez Bonilla?

Un inteligente indio de pura sangre, muy afanoso por la pedagogía. Para recibirnos, lucía cuello reluciente de caucho, camisa alba de puños limpios, poncho flamante, alpargatas y calzoncillos nuevos. Un detalle característico: no usaba corbata. El despejado indio es joven. Sonríe siempre. Su voz ha perdido el dialecto aborígen. Habla muy bien el castellano. Con los suyos, se ayuda con el quichua. Su afán es comprar libros. ¿Os imagináis cuál es su renta? Cinco suces mensuales. Entiernece al amor que profesa a su madre, una india vieja y terrosa, que le contempla como a un dios. A todas partes van juntos: la madre cariñosa y el hijo modelo.

--Soy muy pobre, señores, nos dice con serenidad. Deseo una beca en el Normal. Este apóstol indio es digno de mejor suerte. Tiene talento y carácter. Con una docena de tales maestros, el indio se regeneraría prácticamente. Le agasajamos y estimulamos, no sin obtener varias fotografías de este hallazgo de *La Calera*.

Cuicocha

La excursión al jirón de piélago, a 3.081 metros situado, resultó regia. ¿Cómo imaginar que a orilla de sus cerúlcas aguas perturbadoras gozaramos de las exi-

gencias de la civilización más refinada? El anfitrión Granja realizó el milagro. Nada faltó en el opulento banquete. Ágiles indios, de robustez hercúlea, habían trasladado, por la madrugada cuanto pudieran exigir los más sibaritas en delicadas viandas, buena vajilla y excelentes licores.

Créese que Cuicocha es el apagado cráter de un volcán. Confirman el aserto los dos montículos o islotes que, como conos de erupción, aparecen en su centro. El maravilloso lago—se diría una pintura escenográfica—está circuido de rocas de difícil acceso, unas cortadas a pico y otras con espeso matorral, entre el que gallardean las calceolarias y se ocultan las florecillas azulinas y rosadas de las salvias. En la sombra, algunos helechos ostentan sus palmas; raras orquídeas fascinan con sus exóticos matices. No faltan tentadores parajes con alfombra de gramíneas, singularmente de *paspalum*.

El río Cuicocha desciende a engrosar el Blanco, serpeando con el Alambi y Cariyacu por las policromas faldas del Cotacachi.

En Gualsaquí, estrechamos, con muy sentidos votos, la mano de los rumbosos amigos, llevando en las pupilas el azul del lago y del cielo, junto con la húmeda emoción de las separaciones.

Al Sur

En unión de los señores U. de la Torre y V. Vásquez, tomamos, García y el im-prolijo cronista, la diagonal para la patria de Jacinto Collaguazo, por senderos poco frecuentados.

La fugacidad de las horas gratas de la vida arrastra las más intensas impresiones al mar de los recuerdos, que está golpeando sus ondas en la memoria, y tántas se vuelven espuma y unas pocas quedan.

Cacería en San Pablo

¿Cómo no refrescarnos con las embalsamadas brisas del San Pablo?

Para la madrugada siguiente quedó organizada la emocionante cacería de guacabas, alcatraces, patos y blancas gaviotas. Navegando de aquí para allá, al firme canalete de dos membrudos indios remeros — los Aguilares, — a medida que las aves *dan tiro*, recorremos toda la laguna. Experto en cinegética el *gentleman* Vásquez, no desperdicia una sola carga de su escopeta. Vienen a la barca hermosas guacabas de fino y airoso penacho y plumaje de seda, a vernos, expirantes unas, ligeramente heridas otras, con sus avizores y sangrientos ojos, indignadas seguramente de lo que Tolstoy llamó placeres crueles.

El regreso

Otro día, en una fría y bramosa madrugada, la despedida final, en las alturas de Curubí.

Desde un repecho de la montaña, perfumada de hierbas selváticas y rumorosa con los cantos de las aves, el supremo saludo, con el sombrero en el espacio, a los amigos que han quedado muy abajo y que ya voltean grupas.

Páramo de Mojanda

El Mojanda está benigno. En su cima, a cerca de 4.000 metros, esconde las sombrías aguas de Caricocha de 3.373 metros de longitud y 2.520 de anchura, y las de Huarmicocha, de extensión reducida. Nubarrones velan los picachos del Yanaurco, el Fuyatuya, el más alto, y el Golongal.

Había llovido la víspera.

Esta pegajosa tierra vegetal, a poco que se humedece, se vuelve como la brea, resbalosa y espesa, en la que, con las pisadas, se abren escalones horizontales, —barrizal tremendo,— desesperantes surcos, como si hubieran colocado, unos junto a otros, enormes cangilones.

--Son temibles lomos de camello, en los que en invierno se atascan las mulas y mueren, dice un transeúnte.

Despacio, recorremos algunas soledades que sobrecojen por su tétrica majestad, en medio de mares de vegetación perdidos en abismo formidable.

Largas son las vueltas de los *Azares*. Rocas gigantescas parecen sombras que amenazan al viajero. Sobresalen desde lo alto, como suspendidas en el aire sobre las cabezas; han quedado muchas, formando encrucijada, a una y otra vera del estrecho camino.

Malchinguí

De Malchinguí, tambo obligado para mucha gente, y en el que la carga se aglomera, dirigimos telegramas a las distantes relaciones.

¿Después? Andar, andar sin desmayo por el desierto, por el mustio arenal, en el que la trillada senda se extiende muy recto, como la flecha de un cíclope. A gritos, pide la desapacible y sedienta comarca la varita de Moisés que obre el prodigio. Por una fascinación de óptica, la interminable cerbatana se ve de principio a fin, corta, capaz de atravesarla en diez minutos. Llámame la *Bodoquera* de Malchinguí, que, pasándola en rauda vuelo, llena media hora incabable, monótona.

De lejos, al margen de la ancha hendidura, se divisa un serpenteo blanco como madeja laberíntica.

—Por ahí tenemos que subir, como cabros o arañando el suelo como gatos, dice mi amigo desde el filo—tal es la palabra—de ese bátrato cortado como a cincel.

—Fíjese en aquellos sembríos de cañas pertenecen a la *Josefina* y a la *Providencia*. Hasta allá ascenderemos, hundiéndonos por dos veces en la hoya del Guailabamba.

Bajada al Oroco

A trechos, la vegetación es deplorable: uno que otro raquítrico molle (*schinus molle*) se esconde como avergonzado de sequedad tanta. Anquilóticos algarrobos abren sus paraguas entre los que se entrelazan, para colgarse como fleco ceniciento, los hilos de las tillandsias. Son empolvadas y vetustas cabelleras de seres que lloran en la sombra, almas en pena que añoran la civilización, los puentes colgantes, los ascensores, los trenes, los dirigibles, los funiculares.

El árbol de más allá, pálido y anémico, quizá es algún agonizante croton.

—Aburre, desespera el doble sube y baja por estrecheces y vericuetos, por simas de arena que nos llevan a los infiernos, clama un acompañante.

—Esto no es camino, sino una tomadura del pelo al peregrino, dice sonriendo nuestro agudo amigo.

—Zigzags peligrosos, remedo de montañas; qué broma tan pesada el tal desvío, desecho o repechito!

Al lento paso de su caballo, una mujer va derramando lágrimas, con un niño en brazos. Con el polvo y el sudor, las caras quedan terrosas, inconocibles.

—Esta nó es la pampa, sino el hueco de granito pulverulento que se masca, que se tritura con los dientes, que se traga por bocanadas, grita un condiscípulo que marcha a Tulcán, al acercarse y reconocernos.

—Realmente son desconsoladores tantos meandros que por ironía se llaman *La Providencia*, replicamos.

Por fin, casi exánimes, arribamos a la meseta de San Antonio, que se destaca, enmarcada en otra vegetación menos miserable, al otro lado del boquete tartárico. De 700 metros subimos a más de dos mil.

Al recordar dificultades y fatigas, le entran ímpetus al viajero de abrir con furia a dentelladas, la vía férrea.

Hacia Amboasí

Del recocado burgo, situado en la línea equinoccial y alimentado con unas pajitas de agua que por esponjoso terreno han traído desde Pomasqui, cruzamos hacia Calacalí, en vísperas de la inauguración de

una pétrea fuente, quizá reliquia colonial, trasladada desde San Francisco de Quito.

El camino es bueno. Después del purgatorio, el paraíso: Amboasí. Inesperada visita a selectos y deleitables seres, apretón de manos a amigas cariñosas. La niebla cubre la montaña, la melancolía de la tarde es infinita. El campo extiende la pompa fúnebre de su soledad y silencio. La comarca es rica en aguas termales y maderas resistentes. El negocio de carbón es considerable.

Oasis en Cotogyaco

¡Espléndida mañana! El sol purísimo ha disipado la bruma de los montes. El azul es intenso. Ni cual gasa sutil la más ligera nube se escarmena al confín del horizonte. Por una trocha muy poco frecuentada, amables y gentiles damas ascienden al coronamiento de *Cotogyaco*, hollado raras veces por plantas femeninas. De lado y lado, el frondoso callejón, suave umbría, entrelaza sus ramas, nido de vivísimas parásitas, cual si fuesen arcos triunfales para que desfilasen airoas las venustas excursionistas. Forman amarillenta alfombra las hojas secas que han caído, húmedas todavía, cubriendo a algunos desclorofilados hongos, singularmente *sapó-*

fritos. Arborescentes helechos gallardean sus festones y otros minúsculos como que esconden sus verdes laminitas en innúmeros protalos, junto a variedad de musgos, licopodios y jungermanias.

—Dejemos dentro de una botella un recuerdo de la ascención, dice sonriente una encantadora niña.

—Y la enterremos, chacotea otra, al pie de este singular *mandor*, ya que no podemos arrojarla al mar, como los náufragos de las novelas de Julio Verne.

—O como hizo una vez Colón en un barril o Alfaro en un tonel, grita la chiquilla más jugetona. Mejor ocultemos la botella en este espeso chaparral.

Digresión charrúa

El mandor de caprichosas curvaturas nos convida a descansar bajo su sombra propicia. Cada rama, en forma de abanico, dejando está colgar como rosario de perlas, sus amentos de armoniosos tonos.

—Leamos *Tabaré*, insinúa la menor, ya que alguien quiere rememorar al ático y querido Uruguay, cuna del charrúa fiero, no tan avanzado en civilización como el imbabura poderoso; pero también patria de seductoras damas, todo espiritualidad y gracia.

—¿Por qué dices eso?, interroga su hermana.

—Porque andaban desnudos, chupaban la sangre de los animales, en especial de los yeguarizos, bebían chicha de miel de avispas fermentada, no conocían la sal; su alfarería era grosera, casi sin dibujos, y no gustaban del baile, del canto ni de las fiestas ni se lavaban jamás. ¿Quiéres más pruebas? Las charrúas sólo usaban rudimentaria pampanilla y más tarde el *quia-pí* o delantal de cuero. Se deformaban con horribles tatuajes y a los niños recién nacidos les introducían el *barbote* en el labio inferior, cruel suplicio de una vida.

—Una tempestad de aplausos para la ilustrada conferenciante, gritan regocijadas sus amigas.

La poesía del bardo que evoca la selva dilúyese, como una esencia sutil, en la virginal ánfora de las almas, ante el grandioso cuadro de la naturaleza y las dulces emociones recibidas.

Por fin, a Quito

El descenso es pintoresco: saltos, caídas, resbalones, risas, escenas chispeantes, que vivirán mucho tiempo.

Por Casitagua, desde cuyo célebre *patio* se contempla Quito, tocamos al fin de la jornada.

La ciudad querida es de aspecto tan característico, que no se la puede confundir con ninguna otra. Su rara estructura, entre quebradas, repliegues de la cordillera y bruscas desnivelaciones, le vuelve simpática. Rodeada de colinas; encerrada está como recóndito recuerdo que guarda el corazón. Al verla, se añora el tiempo viejo; delicado soplo colonial como que conturba al espíritu saturado de místico encanto y de perfume de melancolía. Urbe típica, deja en el que la visita impresión indeleble. Las ciudades que poseen esta magia se diría que tienen personalidad, estilo, que son originales, porque cada piedra, cada rúa están hablando del pasado. Destruir ese prestigio centenario es atentar contra la historia plasmada en las añejas estructuras, en las augustos monumentos que, como los cuadros venerables, han dejado su pátina, su huella de los siglos.

Atravesando la capital del porvenir, circundada de jardines y arboleda—el Quito moderno del Norte hacia donde se derrama la población—llegamos a la entraña de la metrópoli, en bellísima tarde, llena de tal virtud y claridad, que se entró en el alma a repiquetear todas las alegrías y consolaciones de la muy amada ciudad, con tan hondo suspiro de satisfacción, que

habría de traducirse así: por fin, en el hogar de mis mayores; por fin en la querida Quito que vieron por la primera vez nuestros ojos y que acaso la vean por la última, al partirnos para siempre; por fin en Quito, la *cara de gloria*,—como Sevilla es la ciudad de la Gracia—según el viejo aforismo nacional venido de muchas provincias que, espontánea y afectuosamente, condensaron su cariño, sin pizca de ironía, como una aspiración de bienestar en esta sutil frase: "Hacienda en los Chillos y casa en Quito, cielo chiquito", para expresar, junto con el franco carácter de la hospitalaria y regocijada gente, su buen humor y agilidad epigramática y el goce de comodidades con que su primaveral clima está convidando a la salud y al contentamiento del espíritu.



NOTA

Estas impresiones se publicaron, con el pseudónimo de *Glauco*, en la revista pedagógica quiteña *El Magisterio Ecuatoriano*, y han sido después revisadas por su autor.

